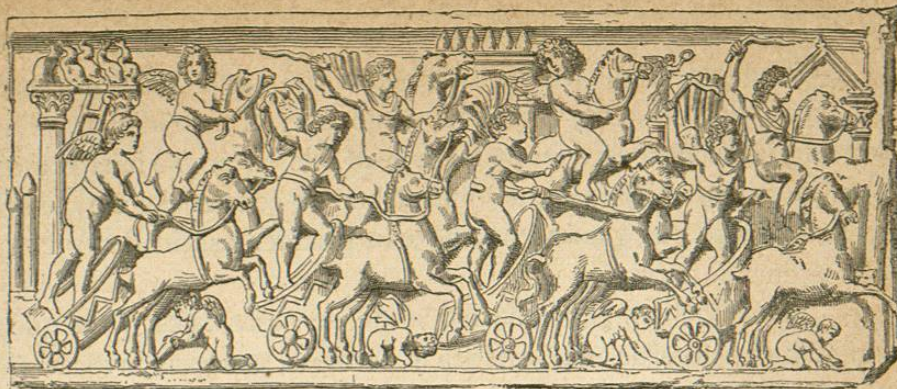


mediable ictericia moral y piensan extender su perversa condición á todos y enfermarlos de su misma enfermedad, reunidos á los buenos ciudadanos, á los honestos patricios, á las matronas de un solo marido, á los virtuosos que abundaban entre tantas lacerias, á los republicanos de abolengo, á los partidarios que aún tenían las figuras históricas de Bruto y de Catón, componían una grande oposición alimentada por los vicios neronianos, por las muertes dadas en el Palatino á tantos personajes ilustres, por el reinado de tal envenenadora como Locusta, por los dineros que allegaban chalanes como Tigelino, por las borracheras imperiales vomitadas sobre los blasones de Roma, por las tabernas y las zahurdas convertidas en senados y los senadores en titiriteros, por vicios como los de Popea, por desgracias de la virtud y de la honra en Octavia, por tragedia como las tragedias de Bayas, por verdugos como el bárbaro Aniceto, por naufragios como los famosos de la noche triste, por agonías como la que sufrió Agripina, por crímenes como el parricidio, por terribles desacatos á la humanidad y á los dioses.



CAPITULO XVI

EL ARTISTA

— No sé cómo puedes con tu alma, Nerón, tras una tarde así — decía Tigelino al César, — después de una reunión artística en que los músicos tañeran sus instrumentos á porfía, los poetas recitaran uno tras otro en serie sus poemas y poemitas, los retóricos pronunciaran discursos muy bien aprendidos de memoria y muy bien hablados de prisa, los cómicos improvisaran escenas de conocidas tragedias en griego y en latín, hasta los atletas fingieran pantomimas en que así el emperador como sus cortesanos se divirtieron, y se gozaron mucho al término de aquellos esparcimientos del ánimo y recreos de la inteligencia muy propios á conservar la cultura clásica y aun á extenderla.

— No hay otro remedio, Tigelino; créete que no le hay para divertir el pensamiento de tristes objetos, alentar el corazón á lo grande y bello, dominar el mundo por las ideas, ya que, tras el reinado de Augusto, ido al trono en contraposición de César que representaba la guerra, para representar y sostener la paz en el mundo y en el espíritu, dominamos éstos, más que por la superioridad de nuestras fuerzas, por la superioridad de nuestra inteligencia. Déjame olvidarme así de los actos á que la Razón de Estado me obliga, de Claudio inmolado á mi poder, de Británico inmolado á mis celos, de Agripina inmolada por mi mano á mi libertad.

— Mucho se divierten los convidados con tanto placer intelectual como les ofreces y procuras, como ningún otro director de fiestas y espectáculos, aunque fuera hecho de encargo é imaginado por los primeros ingenios; pero un deber de conciencia me constriñe á decirte que gastas en todo ello grandes cantidades y con ello agotas el tesoro.

— ¡Oh Tigelino! ¿Por qué hablarme de cosas tales? ¿Por qué venir, tras una tarde muy estética y hermosa, con esas invocaciones al vil metal que abate bajo su peso bruto las dos alas del genio? Y á propósito del dinero, ¿qué noticias tienes de mi tía, la gran matrona propietaria, quien ha recibido de los progenitores suyos, míos también, oro y sangre; la cual tía estaba en trance de muerte, llevando ya muchas horas de agonía, en su hermoso palacio de Campania? ¡Por los dioses, no me ocultes, no, esto! Heredero único suyo, córreme prisa recoger su herencia; y la satisfacción que ha de traerme su patrimonio, compensa mucho la pena que ha de causarme su muerte.

— Pues te diré, te diré, Nerón, te diré—y Tigelino balbuceaba pesaroso de dar una mala noticia. — La maldita vieja se sacudió las pulgas á maravilla, saliendo remozada de su enfermedad. Con sus noventa cumplidos años parecía en el último trance de su vida, bajo la reciente dolencia, y se ha salvado de tan terribles asechanzas, hallándose hoy rodeada de su harén masculino, que la divierte, y más alegre que unas castañuelas, como si hubiera encontrado la Locusta, no del veneno y de la muerte, del elixir de la inmortalidad.

— Pues me contraría esto mucho. Yo contaba con sus tesoros destinados á enriquecerme para salir de muchísimos apuros que hoy están agobiándome. ¡Vieja maldita! Y no se muere, cuando que se muera le conviene al César.

— Recuerda que, amén de César, eres dios.

— Justo.

— Y que por dios dispones de la vida del género humano todo.

— ¡Luminosa idea!

— Mátala, Nerón, mátala.

— Sí, sí. Le hago un favor.

— Y sales de apuros.

— Me cuesta un poco de trabajo, porque su familiar Aniceto me ha prestado servicios grandes en el proceso y castigo de Agripina.

— Tira la vieja de un empujón al otro barrio, y castigarás con mayor severidad á tu madre cuando tope con ella entre las sombras del orco.

— Pues que la maten. Así como así, es reo de Estado por haberse permitido vivir en desdoro y en agobio del César. Le hacemos un favor, ahorrándole achaques de la triste ancianidad y gastándonos el oro, con avaricia por sus manos reunido, en bailarines y cantores. Que la maten, y no vuelvas á recordarme tal hecho, ni á decirme una sola palabra.

— Inmediatamente daré las necesarias órdenes, eligiendo un centurión de ánimo entero, brazo fuerte y afiladísima espada, para que le ahorre todas las penas posibles matándola de un piadoso golpe.

Y dió las órdenes.

— Consagremos todo nuestro tiempo á las letras y á las artes. Que sean las nueve Musas nuestros ministros. Que los cocheros del sol envidien á este coronado cochero. Que no toque Apolo su cítara como tañe la suya Nerón. Que si me canso de tañer, pueda empuñar la maza del divino Hércules y derribar á mis plantas los leones de Numea. Yo soy el mayor y el primero de los hombres. Pues necesito serlo en todo. Así, debo exceder á Timantes en pintura, y á Fidias en estatuaría, y á Virgilio en poesía, y á Orfeo en música, y á Demóstenes en elocuencia, y á todos en todo, pues los dioses no han podido en manera ninguna delegarme su representación en el sitio más alto de todo nuestro mundo sin delegarme también todas las virtudes conducentes á merecerlo y conservarlo. Yo estoy en la cima del mundo como los ruiseñores en la copa del árbol, no á vencer y oprimir, á cantar. Así, deben regalarme los oídos todos cuantos conciertos compongan los astros y animarme las venas todos cuantos jugos de voluptuosidad haya en la vida. Si quiero amar deben permitirme los hados que tome la forma de cisne, como cuando Júpiter de amores á Leda requería, ó la forma de toro, como cuando Júpiter de amores á Europa. Todo está permitido á mi divinidad menos el ocio. Cantemos, esculpamos,

bailemos; y gozándonos en el ejercicio de todas las artes, así como en el derrame de todas las ideas, recreémonos, acción que significa volver á crearse uno á sí mismo por obra y por virtud y por sugestión de la poesía y del arte.

— Tú podrás cuanto quieras, porque los dioses te han delegado su poder material, por César que eres, y su poder espiritual, por poeta. Pero no dejes de curarte del gesto que ponen los poetas cuando recitas versos que á ellos los achican. Si no trajese aparejada la profesión de tal arte una irremediable cobardía, cree que te aspaban cuando los vences y los superas, créelo seguramente, Nerón.

— Ninguno, entre todos ellos, podrá rivalizar conmigo en materia tan grave como poetizar la romana Historia. Ennio lo hizo en lengua semi-bárbara y Virgilio no pudo pasar de los primeros míticos tiempos. Yo tendré fuerzas para ponerla toda en verso, porque únicamente yo puedo sentir en mis fibras el vínculo y el núcleo de los átomos confiados al aire por mis progenitores en sus tumbas y cremaciones, puesto que soy la última flor y el último fruto dimanados de sus raíces, que ahondan en los altares y en los sepulcros; el último descendiente de los amores divinos entre Marte y Venus; el último emperador posible. Así cantaré la llegada del dios Saturno á nuestro Lacio, trayendo el arado y la colmena; los dos rostros de Jano, vueltos al Oriente y al Occidente, al recuerdo y á la esperanza; el engendro de Rómulo, nuestro monarca primero, que distribuyó las estrellas en el cielo y las clases en el mundo y los tiempos en el calendario; aquellas procesiones del pueblo rey á la roca Tarpeya, después de haber asistido á los comicios y á los mercados, envuelto en blanco lino, de roble y encina cubierta la sien, precediéndole pacíficos bueyes con los cuernos dorados, de los cuales pendían multicolores guirnalda; acompañándole innumerables recuerdos sacros que lo santificaban; y sobre un ara de mármol blanco presentando una cordera, blanca también, á la diosa, nuestra generatriz, que ha creado todos los seres con las atracciones de su amor y luego los conserva con el fuego de su vida.

— Lo cierto es que has compuesto un senado de poetas — le decía Tigelino, — y aunque todos á porfía trabajan, en verdad, nin-

guno puede llegar adonde tú llegas ni hacer lo que tú haces, así en materia de cántico cual en materia de poesía. Cuéntame los esbirros haber visto mucha gente del pueblo sin más oficio que repetir tus canciones de puerta en puerta y recitar tus versos de oído en oído..... Ya he dicho que sean castigados como reos de lesa majestad aquellos que los escuchen alguna vez con irrespetuosa negligencia.

— Y has hecho bien, Tigelino; porque si comienzan por destronarme del Parnaso, concluirán por destronarme también del imperio.

— Entre tales devotos hay quien lleva en una caja cierta cuerda de tu lira, que dejaste olvidada en los jardines y que le regaló uno de tus esclavos. Y la enseña como un sacerdote las reliquias ó como un mago los amuletos. Y esta manifestación le vale muchos ases contantes y sonantes. Así repite las melodías inventadas por tu cacumen, tal y como las cantas en los jardines; y representa, lo mismo la tragedia de Antígona que la tragedia de Orestes, como sueles tú representarlas.

— No me nombres á Orestes, porque traes á mi mente fascinada los recuerdos de aquella noche horrorosa en la quinta de Baules, que ahora mismo persiguen con tenacidad mi persona y trastornan por completo mi seso con sus apariciones siniestras, argüyéndome de parricida como las Furias de parricida también arguyeron á Orestes.

— Pues hablemos de artes.

— No solamente debemos hablar de artes, sino profesarlas en público.

— Todo cuanto quieras, debe hacerse; todo cuanto anuncies, debe cumplirse.

— Yo, hasta el día de hoy, he tenido reuniones cortas, compuestas por gentes de mi propia profesión estética, las cuales gentes me maldicen y de mí murmuran. Persio, Lucano, Labeón y todos los demás que aquí se reúnen, dejan de mostrar el deliquio que les causan las obras de mi fantasía, por motivos de rivalidad y competencia. Pero en cuanto yo salga de lo privado á lo público, y me rodee por aquellos que verdaderamente me aman, teniéndoles cerca, y luego reuna frente á mí, como verdadero es-

pectador, el pueblo romano que me idolatra, no lo dudes, iré sobre los hombros de la muchedumbre al empíreo de la fama y de la gloria, como sobre los hombros de mis legiones he ido al empíreo del derecho y del poder. Estar dentro de un cubículo encerrado con mis émulos, equivale á estar dentro de una jaula encerrado con hambrientas fieras. Que se caigan las paredes interpuestas entre los pueblos y mi persona; que la luz del día ilumine mi figura; que al aire libre se oiga la cítara de oro tañida por mis dedos y en mis manos relumbrante; que la inspiración tome toda la colosal estatua de la idea mía y asombre á la plebe cuando la contemple produciéndose á mi esfuerzo creada y viva; que así me consagre su voto el primer poeta y el primer cantante nacido de mujer, como la sangre de mis venas y la herencia de mis abuelos me proclaman emperador y dios.

— Hágase tu voluntad.

— Por escrúpulos de susceptibilidad como también por consejos de Agripina reduje todas mis ambiciones á ser aplaudido en angosto espacio y por poca gente. Ahora me desquitaré, profesando mis artes en los estados mayores posibles y reuniendo los oleajes de las muchedumbres ante los teatros donde yo cante y represente.

— Harás bien. Los circos donde riñen las fieras, deben reemplazar á los Foros donde reñan los oradores. En las arenas mezcladas con sangre de gladiadores y de tigres, debe hallarse la levadura de cuantas fibras deba revestir en lo sucesivo el humano linaje. Allí se amasan las carnes. En tales grandiosos espectáculos todas las razas se dan cita y se reúnen todos pueblos. Lo que más en las profundidades entra de todas nuestras grandezas y más lejos lleva su renombre y fama es el circo, es el anfiteatro, es la naumaquia. Y allí adquiere su gran popularidad el César, jefe de los plebeyos. ¡Cuántas familias pasan la noche de claro en claro y al relente, sólo para tener un buen puesto en las graderías! Instituidos estos juegos por los hijos de la loba romana, en su celebración se identifican los pueblos con sus emperadores y los emperadores con sus dioses. El capitolio se abre antes de que las barreras del circo se cierran, y los dioses bajan en procesión antes de que los gladiadores se alcen á la lucha. Augusto gustaba tanto

de tales procesiones que, hallándose una vez enfermo, hízose conducir á ellas dentro de una litera. Los coros que las preceden y los carros que las cierran en tan crecido número y de tan sublime resplandor, sugieren al extranjero y al conquistado una idea por tal manera extraordinaria de la Ciudad Eterna, que cae rendido y la proclama diosa de las diosas. El mejor templo para reunir al Senado es nuestro anfiteatro. Allí lucen de tal modo que creen las muchedumbres en toda su fuerza y poder á la república, en toda su vitalidad al Senado tan reluciente; y no habla el Senado y no legisla y no discute, no hace nada de todo aquello que nos pierde y lo pierde. Cuánto que ver en los carros de matices varios, como si los hubiesen á la aurora encargado; en los cuatro colores vestidos por los cien cocheros; en la compasada cadencia con que se mueven todos, parecida de suyo á sacros bailes; en los atletas untados de óleos olorosos y con actitudes parecidas á las que tomaban los simulacros y estatuas sacadas del mármol de Paris; en los grupos de cantores y bailarines adornados con túnicas escarlatas y cinturones áureos; en los pírricos que vibran sus lanzas despidiendo chispas y ciñen sus cascos de oro y sus sandalias de púrpura, danzando sin cesar; en los bacantes con sus pieles de tigre al hombro y sus coronas de pámpanos á las sienes y sus tirsos al puño; en los silenos, á quienes envuelven largos mechones de cabras y emborrachan copas rebosantes de mosto; en los actores de las atelanas que improvisan pasos y pasillos sobre los carretones ambulantes y sobre los tablados puestos por las encrucijadas; en los cuatro colegios de pontífices ornados con sus recamadas vestes sacerdotales; en las estatuas de mármol y pórfido y marfil y plata y oro, representantes de los dioses, conducidas en andas alrededor de las cuales van en tropel jóvenes y niños coronados de perlas; todos sobre alfombras de bien olientes flores y bajo velámenes de mil matices, cuyo conjunto recuerda y evoca el poderío inmenso y la divina majestad de nuestra hermosísima y omnipotente Roma.

— Yo no puedo sustraerme — dijo Nerón, comentando las descripciones arrebatadas y arrebatadoras de Tigelino, — al imperio y al influjo impuestos sobre mí por el prestigio y por el encanto de todos estos espectáculos. Y me parece que no gozamos de ellos y en ellos verdaderamente, si estamos fuera, si asistimos á su desarrollo